

DOMINGO SEXTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 8, 2-8.14-17): *El gentío escuchaba con aprobación.*

Salmo (65, 1-3a.4-5.6-7a.16 y 20): *«Aclamad al Señor, tierra entera»*

2ª lectura (1ª Pedro 3, 15-18): *Estad prontos a dar razón de vuestra esperanza.*

Evangelio (Juan 14, 15-21): *Si me amáis, guardaréis mis mandamientos.*

El pueblo vive en la esperanza de la Resurrección. Los creyentes, porque la Resurrección de Cristo vence a la cruz de todos los crucificados por el mal. Y el pueblo sencillo, porque espera que la dura situación en que viven los más desfavorecidos cambie, y les permita vivir una vida digna.

Ya está bien de escuchar palabras y más palabras, solo palabras, viejas, gastadas, mil veces repetidas y otras tantas incumplidas, palabras pronunciadas sin pudor alguno, palabras engañosas que nos ofrecen la panacea para salir de una crisis que cada vez hunde más en la miseria al pueblo sencillo.

Si el pueblo se convirtiera en Tribunal Examinador, nuestros dirigentes se llevarían el suspenso más vergonzoso y vergonzante. Casi ninguno llegaría a un 3 de nota en las tareas encomendadas. El paro, y sus consecuencias, la corrupción y el fraude, la ausencia de políticas sociales, con una tozudez implacable, ponen en evidencia que no se crea empleo, que se recortan ayudas a los colectivos más débiles, que el pueblo sufre.

Sin embargo, hay un enorme derroche en manifestaciones festivas y folclóricas, en representaciones ostentosas y superfluas, en gastos de representantes en asistencias a eventos que poco, o nada tienen que ver con lo que representan, en aparentar egoístamente que “yo mando porque tengo el poder”. Todo de espaldas a los verdaderamente representados que son los ciudadanos.

Junto a esto, y por encima de los problemas y sus responsables, hay personas y grupos, solidarios auténticos, que se aprestan a ser samaritanos, curar heridas, levantar caídos, compartir luchas, partir el pan con el hambriento... Familias, ancianos con sus pensiones, vecinos de escalera y de barrio, voluntarios en servicios humildes y escondidos. A vosotros se os proclama: «¡Venid, benditos de mi Padre!».

El texto evangélico que escuchamos hoy, recoge palabras de Jesús en la tarde del Jueves Santo. Y la Iglesia nos las ofrece en vísperas de la Ascensión, que marca la despedida definitiva de Jesús y el encargo misionero a sus discípulos. La liturgia quiere que meditemos y vivamos estas palabras que adquieren toda su fuerza en el ambiente pascual que estos días celebramos: se ha cumplido lo que el Señor Jesús nos decía mientras vivió con nosotros. Él tiene palabras de vida eterna. **¿Cómo no escucharle con la cercanía del discípulo amado en aquella tarde de confidencias?**

«Al que me ama lo amará mi Padre, y yo también lo amaré y me revelaré a él». En esta intimidad de vida tienen lugar las promesas de Jesús: *«Yo le pediré al Padre que os dé otro Defensor, que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad. No os dejaré huérfanos».* Y Jesús es fiel a sus palabras. Jesús se va al Padre. Por eso los discípulos deben estar contentos: *«Dentro de poco el mundo no me verá, pero vosotros me veréis y viviréis, porque yo sigo viviendo».*

La meta de su vida, como la nuestra, es volver al Padre, después de haber pasado por el mundo haciendo el bien y curando a los oprimidos por el mal, consolando a los atribulados, socorriendo a los necesitados. Aunque las fuerzas del mal nos lleven a la muerte.

Cuando en todos los tiempos, a lo largo de la historia, estas palabras sean proclamadas en las comunidades cristianas, estas se sentirán aliviadas en sus dificultades y animadas en sus trabajos. También nosotros las necesitamos. Porque a veces da la impresión de que el Espíritu de Dios ya no aletea sobre la tierra, y que incluso la misma Iglesia parece haber perdido la valentía, el fuego y el soplo de Pentecostés.

¡Pero no es verdad! El Espíritu sopla donde quiere, libre y liberador, y enciende cada día hogueras de ilusión y de esperanza en cuantos se abren a su presencia, viene a habitar en ellos y les quita el miedo, y los hace intrépidos, valientes, profetas audaces y libres en el anuncio de la Buena Noticia de Jesús.

Nuestro mundo es hoy un clamor de justicia, de compasión, de ternura (¡cuántas veces está pronunciando el papa Francisco esta palabra!) y solidaridad. Los cristianos debemos unir nuestra voz a ese clamor de tantos hombres y mujeres de buen corazón, sencillos, que quieren y tienen derecho a vivir bajo la égida de la caridad y la justicia. Así lo proclamó el Concilio al hablar de los bienes de la tierra, que Dios, en su infinita misericordia, ha destinado para todos los hombres.

Con demasiada frecuencia, ese clamor por la dignidad arrebatada se reviste de llanto, de plegaria dolorida y confiada. También nosotros queremos y debemos unirnos a esa plegaria. Que Aquel que anunció y trajo una Buena Noticia para los pobres, anime con su fuerza nuestro trabajo en favor de su Reino.